

CARMEN POSADAS

LA HIJA  
DE  
CAYETANA





# LA HIJA DE CAYETANA

CARMEN POSADAS  
LA HIJA DE CAYETANA



ESPASA  NARRATIVA

© Carmen Posadas, 2016  
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de la cubierta: © masgrafica

Grabado página 1, «La Duquesa de Alba teniendo en sus brazos a María de la Luz», Goya  
© Museo Nacional del Prado

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 15.775-2016  
ISBN: 978-84-670-4773-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Para Martín y Mariana, «los mellis»,  
mis nietos más pequeños y pelirrojos,  
con un beso ¡grande!*

# ÍNDICE

<i>Madrid, noviembre de 1788</i> .....	9
----------------------------------------	---

## PRIMERA PARTE

Capítulo 1. TORMENTA .....	17
Capítulo 2. LUCILA, VIUDA DE GARCÍA .....	25
Capítulo 3. LA LLEGADA A MADRID .....	31
Capítulo 4. UNA CAJITA DE RAPÉ .....	47
Capítulo 5. PROHIBIDO ENAMORARSE .....	55
Capítulo 6. DONDE LAS DAN, LAS TOMAN .....	64
Capítulo 7. UNA NOCHE CON LOS <i>ORISHÁS</i> .....	77
Capítulo 8. EN CASA DE LA TIRANA .....	89
Capítulo 9. FIESTA .....	97
Capítulo 10. UNA NUEVA VIDA .....	115

## SEGUNDA PARTE

Capítulo 11. 1789 .....	123
Capítulo 12. EL DESAGRAVIO .....	132
Capítulo 13. COSAS QUE PASAN EN MADRID .....	136
Capítulo 14. GODOY EN SU LABERINTO .....	142
Capítulo 15. SUEÑO .....	155
Capítulo 16. ARCADIA FELIZ .....	167

Capítulo 17. UN DÍA EN EL CAPRICHIO .....	176
Capítulo 18. EL COLUMPIO .....	183
Capítulo 19. ENERO DE 1793 .....	188
Capítulo 20. UNA ESCAPADA .....	194
Capítulo 21. <i>PICCOLO MONDO</i> .....	201
Capítulo 22. PURO TEATRO .....	210
Capítulo 23. DOS DIOSAS DESNUDAS .....	219
Capítulo 24. EL BALCÓN DE LOS ENVIDIOSOS .....	224
Capítulo 25. EL FANTASMA DEL TEATRO PRÍNCIPE .....	230
Capítulo 26. UNA NUEVA ACTRIZ A ESCENA:	
LA CONDESA DE CHINCHÓN .....	233
Capítulo 27. UN PATIO DE SEVILLA .....	243
Capítulo 28. LA HERMANDAD DE LOS NEGRITOS .....	251
Capítulo 29. LOS SEÑORES DE SANTOLÍN .....	263
Capítulo 30. HUGO DE SANTILLÁN .....	269
Capítulo 31. PECADORES POR JUSTOS .....	281
Capítulo 32. EL AÑO DE LAS CONJURAS .....	285
Capítulo 33. RETRATO DE LA DUQUESA DE ALBA	
DE BLANCO Y CON PERRITO .....	295
Capítulo 34. UNA NOCHE DE AMOR .....	300
Capítulo 35. POR UNA JÍCARA DE CHOCOLATE .....	306
Capítulo 36. LA LLEGADA A FUNCHAL .....	315
Capítulo 37. FUEGO .....	318
Capítulo 38. UN CLAVO QUITA OTRO CLAVO .....	338
Capítulo 39. LA DUQUESA PIRÓMANA .....	344
Capítulo 40. PARA ELISA .....	349
Capítulo 41. PRIMERAS PESQUISAS .....	359
Capítulo 42. LAS PALOMITAS .....	367
Capítulo 43. MALAS NOTICIAS .....	374
Capítulo 44. EL PALAFRENERO Y LA REINA DE SABA .....	384
Capítulo 45. EL CAMPAMENTO DE MORENOS .....	396
Capítulo 46. EL REENCUENTRO .....	401
Capítulo 47. OTRO REENCUENTRO .....	407
Capítulo 48. GRETA VON HOLBORN .....	412
Capítulo 49. N'HUONGO .....	421



Capítulo 50. UN PAR DE GUANTES DE HILO .....	427
Capítulo 51. MUERTE .....	432
Capítulo 52. LAS RATAS .....	436

TERCERA PARTE

Capítulo 53. TESTAMENTO .....	443
Capítulo 54. CAMINO DEL PURGATORIO .....	450
Capítulo 55. LOS ORISHÁS HACEN DE LAS SUYAS .....	459
Capítulo 56. EL TORMENTO Y EL ÉXTASIS .....	469
Capítulo 57. BUENAS NOTICIAS .....	476
Capítulo 58. EXPULSADA DEL PARAÍSO .....	478
Capítulo 59. UN SOMBRERO DE PAJA RUBIA .....	485
Capítulo 60. DOS MADRES .....	492
 <i>La Habana, 13 de agosto de 1845</i> .....	 501
 NOTA DE LA AUTORA .....	 511
AGRADECIMIENTOS .....	513

# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO 1

### TORMENTA

*Tres meses atrás*

Parecía como si la tormenta y su tormento hubieran decidido confabularse en su contra. Con cada embate del vendaval, con cada ola que se estrellaba contra el casco de la nave, a Trinidad le crecían los dolores. La primera punzada la había sentido horas atrás, hacia las ocho de la mañana, pero entonces prefirió ignorarla. Era menester aprovechar que Lucila, su ama, había amanecido ese día con un nuevo achaque de lo que ella misma llamaba su mala salud de hierro, y eso le permitiría hablar a solas con Juan. Intercambiaron inteligencia durante el desayuno. Una mirada, un simple gesto les había bastado siempre para entenderse. «Cerca del castillo de popa, igual que ayer», así decían sus ojos. Nadie vio ni sospechó nada. Ni las dos beatas de Camagüey con las que sus amos compartían mesa en el comedor durante la travesía, ni tampoco aquel matrimonio tan estirado que embarcó con ellos en el puerto de La Habana. Aunque ahora que Trinidad hacía memoria, ella —una mujer de mediana edad y un pelo de un rojo demasiado violento para latitudes cubanas— sí había hecho un pequeño comentario la noche anterior. ¿Qué fue exactamente? Algo así como: «Dígame, señor García, Trinidad, la mulata joven que viaja con ustedes, es de esas esclavas que se crían en casa, no me diga que no». Como si supiera. Como si adivinara que Juan y ella tenían un vínculo que los unía desde la cuna. La madre de Juan había muerto de

puerperales dos semanas después del parto y a la de Trinidad, que acababa de tenerla a ella un par de días antes, le tocó alimentar a los dos. Más tarde vinieron juegos infantiles, baños en el río, siestas en los platanales hasta que un día, sin que ninguno supiera muy bien cómo, tanta libertad clandestina se les había vuelto amor. «Se equivoca, señora —mintió Juan, como tantas otras veces—. No sé de qué me habla». Eran ya demasiadas las historias de abusos que se contaban con esclavas e hijos del amo como protagonistas como para dejar que aquella mujer pensara que la de ellos era una más. Tampoco había visto Juan la necesidad de contarle nada a su futura mujer cuando con diecisiete años él, treinta ella, a punto de quedarse para vestir santos, los casaron. Lucila era la heredera de la mayor plantación de Matanzas y él pertenecía a la más vieja (y arruinada) familia del lugar. La alianza ideal para que un día uno de sus hijos heredara posición y también fortuna. El destino quiso, sin embargo, que, once años más tarde, el único hijo engendrado por Juan creciese ahora en el vientre de Trinidad. ¿De cuánto tiempo estaría? Difícil saberlo. Nunca había sido regular en esas cosas, y luego, con los trajines de la partida, ni siquiera reparó en las sucesivas faltas. Tampoco más adelante, cuando otros indicios obvios empezaron a alertarla, su cuerpo pareció deformarse demasiado, de modo que para qué contarle a nadie, ni siquiera a su madre, un secreto que sólo Juan conocía. Bastaba con ponerse ropa más holgada (al fin y al cabo, nadie repara en cómo viste una esclava) hasta llegar al otro lado del océano. Con sus escalas y frecuentes tormentas, un viaje como aquél, le había explicado Juan, podía durar hasta cincuenta días. Entonces decidirían qué hacer, sería todo más fácil una vez llegados a Cádiz.

«Sólo una cosa te pido —le había dicho ella aquella misma mañana cuando se encontraron en el castillo de proa después del desayuno—. Que nuestro hijo sea libre». Él se lo había prometido y ella le creyó. ¿Por qué no? Juan no era el primero ni desde luego sería el último amo que daba libertad a uno de su

sangre. Existían, Trinidad lo sabía, varios precedentes, tres incluso en plantaciones cercanas a la de los García.

Parecía todo tan fácil allí, solos los dos en cubierta, riendo con el viento a favor y la primera línea de la isla de Cabo Verde dibujándose ya en el horizonte, que a Trinidad le dio por soñar. Era gratis y, además, ella rara vez perdía la sonrisa. Pero había una razón adicional para hacerlo ahora. Poco antes de partir, había oído, al descuido, una conversación entre el hermano Pedro, el capellán de los García, y uno de los dos capataces ingleses que trabajaban para la familia. Robin, que así se llamaba aquel hombre, se burlaba de cierto succulento chisme que corría por los alrededores. Contaban que el viejo Eufrasio, uno de los ricos del lugar, al enviudar, no sólo había dado la libertad a un hijo habido con una de sus esclavas, sino que, por su setenta cumpleaños, planeaba casarse con ella. «Vaya chochera —rio Robin—. En Jamaica, en Barbados, en Carolina del Norte o cualquiera de nuestras colonias ese viejo pasaría la noche de bodas bebiendo agua con gusanos en la cárcel». «Muy cierto —le había replicado el fraile—. Ésa es la diferencia entre nosotros. Vuestras leyes no sólo prohíben los matrimonios, sino que castigan con dureza todo trato carnal con negros. Las nuestras, en cambio, están basadas en los preceptos de la Santa Madre Iglesia». «¿Y qué?», había preguntado despectivamente el capataz. «Pues que esta Santa Madre nuestra puede tener y desde luego tiene multitud de pecados —sonrió el fraile—, pero al menos reconoce como iguales a todas las criaturas de Dios, por eso en nuestras colonias ambas cosas están permitidas».

Y era tan infinito el horizonte, tan bella esa tierra cerca de la que navegaban, que a Trinidad le dio por soñar un rato más. Se le ocurrió entonces que, cuando desanduvieran esa misma ruta de vuelta a Cuba, todo podía ser distinto. Ama Lucila se había empeñado en ir a España un par de años para cambiar de aires y ver si mejoraba esa mala salud, que siempre invocaba, pero, tarde o temprano, tendrían que volver a casa. Tantas cosas podían ocurrir de aquí a entonces. A diferencia de ama Lucila,

tan llena de achaques fingidos o verdaderos, Juan y ella eran sanos, jóvenes y tendrían un hijo en común. ¿Quién podía asegurar que el futuro estaba escrito o marcado a fuego de antemano? Nadie.

Apenas dos horas más tarde ni el horizonte infinito ni tampoco la costa de Cabo Verde continuaban en su lugar. O al menos eso parecía después de que un manto de niebla corriera sobre el mar convirtiendo el día en noche.

Uno, dos, tres, cuatro... Trinidad sabía desde niña que contando muy despacio desde el estallido de un relámpago hasta oír el sonido del trueno, se podía adivinar a cuántas millas de distancia estaba el ojo de la tormenta. Uno, dos... y ni falta le hizo llegar a tres para ponerse a rezar con todas sus fuerzas. Bastaba con ver las horrorizadas caras de los pasajeros que tenía en derredor. Muchos de ellos se habían congregado en el comedor principal porque desde allí, y en apariencia a resguardo, alcanzaban a ver cómo se iluminaba el océano a la luz, no sólo de los relámpagos, sino, sobre todo, de los rayos que asaeteaban un mar denso y oscuro como el plomo.

—¡Reducir paño! ¡Prepararse para tomar rizos! ¡Amurar a barlovento!

Las órdenes se sucedían sin que ninguna pareciera surtir efecto sobre la estabilidad de la nave, que cabeceaba chirriante, embarcando agua cada vez que la proa se hundía hasta arrancar espumarajos a las olas. Las beatas de Camagüey se abrazaban mientras que el matrimonio habanero prefería desgranar jaculatorias que otros pasajeros no tardaron en corear con similar fervor. ¿Y Juan? Trinidad se dijo que quizá hubiera bajado a los camarotes para asegurarse de que ama Lucila estaba bien y ayudarla a reunirse con los demás.

—Soy la señora de García, ¿alguien sabe dónde está mi marido? ¡No comprendo cómo se las arregla este hombre, nunca está conmigo cuando lo necesito!

Trinidad se volvió hacia la puerta al oír la voz áspera de su ama. Su figura alta y seca se abría camino entre los pasajeros.

—Yo me crucé con alguien en cubierta cuando arreciaba ya la tormenta —intervino un marinero—. Tal vez fuera él, apenas se veía nada a dos palmos. Le grité que volviera atrás, que se pusiera a cubierto, rediós, pero él porfió que su mujer estaba abajo y allá que se fue sin encomendarse a santos ni a diablos.

—¡Mentira! Yo subí en cuanto esta maldita nave empezó a menearse como una sonaja. Nos hubiéramos cruzado en el camino. Tuvo que ir en otra dirección, aunque ya me barrunto cuál...

—Serérese, señora. Seguramente su marido bajó y, al no encontrarla, ha preferido aguardar allí —la tranquilizó el contra-maestre—. Es lo que haría cualquier persona sensata, no moverse de donde está.

—¿Y qué va a hacer usted al respecto? ¡Ordene que bajen por él ahora mismo!

—Nadie se moverá de aquí, es imposible dar un paso en cubierta —respondió el marino, empezando a perder la paciencia—. Pero descuide —añadió luego, más conciliador—. Las tormentas en esta zona del Atlántico son tan cortas como escandalosas. En un rato todo habrá pasado.

Desdiciendo sus palabras, un bandazo a babor y otro más violento a estribor logró que Lucila y el contra-maestre acabaran una en brazos del otro.

—¡Apártese! ¡No me toque! Habrase visto tamaño descaró... Pero, Dios mío, nos hundiremos sin remedio. ¿Qué va a ser de mí?

—¡Mirad la que se nos viene encima!

Un muro de agua gris más alto que el palo de mesana se cernía desde estribor y el pánico se adueñó del pasaje.

—Virgen de la Caridad, yo no sé nadar.

—Ni yo tampoco.

—¿Y de qué sirve nadar si estamos lo menos a cinco millas de la costa?

—¡Maderas, maderas!

—¿De qué carajo habla usted?

—De esos troncos y maderos que hay apilados sobre la cubierta. ¿No se han fijado? Son una precaución obligada por si alguien cae al agua durante la travesía, o se produce, Dios no lo permita, un naufragio.

—¿Habrá suficientes para todos?

—¡Yo quiero el mío!

—¡Y yo!

—¡Vamos, salgamos a cubierta, mejor que se nos lleve una ola que ahogarnos aquí encerrados como ratas!

Varios pasajeros se precipitaron hacia la puerta, pero un nuevo y brutal bandazo se ocupó de derribarlos y echarlos a rodar como piezas de bolera. El barco, que acababa de arriscarse más que nunca, quedó esta vez en vilo durante unos segundos que se hicieron eternos para desplomarse después con una violencia tal que por los aires volaron sillas, taburetes, botellas, platos y todo lo que no estaba anclado al suelo.

Trinidad notó entonces un golpe en la cabeza que casi la derriba. El brazo metálico desprendido de uno de los candelabros del techo le había abierto una brecha en la frente. Pero ni siquiera le dio tiempo a llevarse la mano a la herida. Otra punzada más dolorosa la obligó a doblarse sobre sí misma. «Dios mío, no, ahora no, no puede ser, es demasiado pronto, ¿o quizá no lo sea tanto?». Si al menos supiera con certeza de cuántos meses era su embarazo...

«De siete lunas, muchacha, ni una menos», eso había sentenciado Celeste, la otra esclava que viajaba con los García, una negra vieja que se preciaba de entender de estos y de otros muchos entuertos. «Así que harás bien en vendarte el vientre un poco más si no quieres que el ama te muela a palos. Eso y rezar, chica, para que a la criatura no le dé por salir antes de que avistemos tierra», había añadido como pájaro de mal agüero. Pero al rato ya estaba fumando su vieja cachimba y riendo al tiempo que le echaba los caracoles para asegurar que no había cuidado, que la niña —«Porque será hembra, eso dalo por seguro, *m'hijita*,



yo no me equivoco nunca»— tenía la bendición de Oshun, señora de las parturientas. «... Y si al nacer, va y saca los ojos tan verdes de alguien que yo sé —continuó mientras le señalaba el vientre con su humeante pipa—, puedes considerarte afortunada. De ese bendito color, muchacha, dependerán muchas cosas, acuérdate de lo que te digo».

Un grito de dolor le trepó garganta arriba y Trinidad se vio de pronto agradeciendo a Oshun, a todos los *orishás* —y también a la tormenta— la posibilidad que le daban de gritar y retorcerse sin que nadie sospechara el verdadero motivo. Durante quién sabe cuánto rato continuó así, tratando de acompasar sus quejidos a los lamentos de otros pasajeros cada vez que su vientre se contraía, al tiempo que rogaba a todos los dioses yorubas y cristianos que fuese, por favor, por caridad, sólo una falsa alarma. Si los *orishás* u otros santos la oyeron, sólo tuvieron a bien concederle un armisticio. Poco a poco, los chirridos del barco empezaron a dar paso a sonidos más sosegados, más rítmicos. No cesaron del todo los bandazos, pero por lo menos permitían ahora caminar y moverse por la nave.

... Dos, tres, cuatro, cinco, seis... igual que al principio del temporal Trinidad había calculado la distancia a la que estaba la tormenta por los segundos que separaban el relámpago del trueno, descubrió que también podía medir el tiempo que medía entre sus cada vez más frecuentes espasmos y aprovechar las treguas para intentar alcanzar primero la cubierta y, de ahí, poco a poco, dirigirse al sollado. Así llamaban los marineros a la gran estancia sin apenas ventilación que había en el fondo de la bodega donde dormían los esclavos. ¿Se habría refugiado alguno allí durante el temporal? Con que hubiera uno solo, podría pedirle que avisara a Celeste, ella sabría qué hacer.

... Veintitrés, veinticuatro, veinticinco... Acababa de salir a cubierta cuando se cruzó con la mujer de pelo rojo y Trinidad casi ríe al verla tan desmadejada y temblona como ella. «Con Dios, señora», alcanzó incluso a decirle mientras encaminaba sus pasos a estribor. Su idea era atravesar la cubierta, llegar desde el

comedor en el que ahora se encontraba hasta la escala principal que había allá en proa, en el otro extremo de la nave, y bajar luego a las cubiertas inferiores... Cincuenta y ocho... cincuenta y nueve... sesenta... No lejos de donde está pero en la amura de babor, alcanza a oír a Lucila, que pregunta de nuevo por Juan, esta vez a un grupo de esclavos.

... Setenta y nueve... ochenta... ochenta y uno... Trinidad habría dado cualquier cosa por poder detenerse unos segundos y escuchar algo más de aquella conversación, tratar de averiguar dónde se encuentra Juan, pero... ciento dos, ciento tres, ciento cuatro... aún le resta bajar con tiento la escala principal agarrándose bien al pasamanos, recorrer toda la cubierta inferior donde se alinean los camarotes principales antes de llegar al fondo y bajar un segundo tramo de peldaños hasta alcanzar el sollado.

—¿Estás bien? ¿Te ayudo?

Trinidad nunca antes había visto a la pasajera que tiene ahora delante. Acababa de salir de uno de los camarotes de segunda clase. Rubia, ni muy joven ni muy vieja, su aspecto recuerda vagamente a un pájaro. No parece una criada, pero tampoco viste como las damas ricas que viajan con los García en los camarotes de primera.

—No me extraña que estés mareada como una cuba, ven, apóyate en mí —le dice a Trinidad mientras la coge por un brazo. Pero en ese momento un nuevo espasmo más fuerte que todos los demás la delata.

—¿Se puede saber qué te pasa, negra?

—Nada, señorita, por caridad se lo pido, no diga nada, estoy bien...